

¿QUÉ OCURRE CUANDO DECIMOS HABER ENCONTRADO LA PALABRA QUE TENÍAMOS EN LA PUNTA DE LA LENGUA?¹

José María Ariso

josemaria.ariso@unir.net

Universidad Internacional de La Rioja

RESUMEN

Cuando decimos que tenemos una palabra en la punta de la lengua y finalmente la encontramos, podemos estar tentados a creer que la sensación de *click* que experimentamos en tal caso constituye un criterio infalible de que la palabra hallada era efectivamente la buscada. Sin embargo, en este artículo se demuestra que la citada sensación no es más que una expresión de la satisfacción que experimentamos al hallar una palabra, ya que el *click* no aporta ningún criterio objetivo de corrección. Lejos de tal cosa, este *click* constituye un criterio subjetivo de corrección, lo cual quiere decir que simplemente se acepta que la palabra hallada era la buscada aunque esto no se pueda demostrar de forma objetiva.

PALABRAS CLAVE: lenguaje, estética, juicio, criterio, memoria.

ABSTRACT

«What happens when we say we have found the word that was on the tip of our tongue?». When we say that a word is on the tip of our tongue and we finally find it, we may be tempted to think that the feeling of *click* we experience in such a case constitutes an infallible criterion of whether the word we have found was the one we looked for. However, in this paper it is shown that the above mentioned feeling is only an expression of the satisfaction we experience when we find a word, as the *click* does not provide any objective criterion of correction. Far from such a thing, this *click* constitutes a subjective criterion of correction, so it is just accepted that the word we have found is the one we were looking for, though we cannot prove it in an objective way.

KEY WORDS: language, esthetics, judgement, criterion, memory.

Al referirse a las seis suites para violonchelo solo de Johann Sebastian Bach, Pablo Casals hizo saber a sus alumnos que cada una de ellas adquiere su carácter de su respectivo prelude. Así, los calificativos que Casals usó para caracterizar cada una de estas suites fueron «optimista» para la número 1, «trágica» para la número 2, «heroica» para la 3, «grandiosa» para la 4, «tempestuosa» para la 5, y «bucólica» para la 6. Sin embargo, Mstislav Rostropovich discrepó con el chelista español a la hora de caracterizar la suite número 5. A juicio de Rostropovich, el adjetivo que mejor



describía esta suite no era «tempestuosa» sino «eterna», pues el músico azerbaiyano mantuvo a lo largo de toda su vida la opinión de que una interpretación de dicha suite que siguiera estricta y rigurosamente la partitura de Bach —es decir, sin introducir variación alguna— permitiría experimentar la eternidad misma. Huelga decir que, aunque no se posea el genio musical de Casals o Rostropovich, cualquier persona puede opinar que la palabra que mejor caracteriza la suite número 5 para violonchelo solo de Bach no es ni «tempestuosa» ni «eterna», sino otra distinta. Es posible que en un caso como éste dijéramos que teníamos en la punta de la lengua la palabra que expresa con exactitud el sentimiento que nos produce la suite de Bach. Todos los que estamos familiarizados con este tipo de casos damos por supuesto que, al buscar la palabra que decimos tener «en la punta de la lengua», experimentaremos tarde o temprano una sensación de encaje o algo similar a un «click»² que generalmente tomamos como criterio incontestable de que, efectivamente, la palabra hallada es —o encaja con— la que decíamos tener en la punta de la lengua. No obstante, mi propósito en el presente trabajo es mostrar que, a pesar de lo que pudiéramos estar tentados a creer, dicha concepción del fenómeno de «tener una palabra en la punta de la lengua» es errónea. Será en el primer apartado de este artículo donde muestre por qué es un error creer que en este caso existe algo así como un *encaje* entre la palabra hallada y algo más. En el segundo apartado iré un paso más allá al discutir las consecuencias que podría tener un avance neurofisiológico de tal magnitud que permitiera descubrir cuál es realmente la palabra que alguien *cree* tener en la punta de la lengua, pues en principio cabe pensar que semejante avance nos permitiría contrastar si el *click* experimentado por cierto sujeto es *correcto* o no. Por último, en el tercer apartado haré referencia a una imagen un tanto devaluada del ser humano que en cierto modo va ligada a la que en mi opinión es la concepción correcta del fenómeno de «tener una palabra en la punta de la lengua».

1. ¿HAY ALGO QUE ENCAJA CUANDO DECIMOS HABER ENCONTRADO LA PALABRA QUE TENÍAMOS EN LA PUNTA DE LA LENGUA?

Supongamos que buscamos palabras que expresen el sentimiento que nos ha provocado escuchar determinada interpretación de la suite número 5 para violonchelo solo de Bach. En tal caso sería posible describir la impresión que tenemos tras la audición usando no una sino varias palabras, pues todas podrían ser adecuadas para expresar un matiz u otro de nuestro sentimiento. En este punto es importante destacar

¹ Este trabajo ha sido realizado dentro del marco del proyecto de investigación «Normatividad y Praxis: El debate actual después de Wittgenstein» (FFI2010-15975).

² Hay que reconocer que no es frecuente usar la expresión «hacer *click*» para aludir a la sensación que nos produce hallar una palabra después de haberla tenido durante un tiempo en la punta de la lengua. Sin embargo, en el presente artículo usaré a menudo la expresión «*click*» porque ilustra con especial claridad la idea de que la palabra hallada realmente *encaja* con algo.



que cada palabra tiene connotaciones particulares para cada persona, de modo que distintos sujetos pueden usar una misma palabra para expresar matices ligeramente diferentes. Este carácter particular que tiene cada palabra para cada uno de nosotros se aprecia con mucha mayor claridad aún si cabe en el fenómeno de tener una palabra «en la punta de la lengua»: pues durante el correspondiente proceso de búsqueda podemos llegar a alegar gran cantidad de precisas y agudísimas connotaciones para desechar cada una de las palabras que nos puedan proponer. Imaginemos que un sujeto al que llamaremos A dice tener en la punta de la lengua la palabra que a su juicio expresa exactamente el carácter de la suite para violonchelo solo número 5 de Bach. El propósito de A no sería recordar palabra alguna, sino simplemente dar con la palabra precisa que expresa su sentimiento. Es posible que otro individuo al que llamaremos B, y guiándose por ciertos comentarios de A, le pregunte: «¿Es «tortuosa» la palabra que buscas?», a lo cual podría seguir un diálogo tan peculiar como el siguiente: «No, esa palabra tiene una caída pesada y azarosa, incontrolada, sin conciencia de su curso»; «¿Podría ser entonces «doliente»?»; «No, «doliente» no carga necesariamente con culpa alguna, y la palabra que tengo en la punta de la lengua está impregnada de culpa», etc. Huelga decir que las connotaciones aducidas por A no tienen por qué ser compartidas por otras personas: sin ir más lejos, B podría encontrar sumamente extraño relacionar la palabra «doliente» con el sentimiento de culpa. Además, B podría creer que cada vez está más cerca de hallar la palabra buscada, pero A es la única persona que realmente se encuentra en la situación de confirmar si las palabras sugeridas son más o menos adecuadas —y en qué sentido—, así como A es también la única persona que puede certificar si la búsqueda ha alcanzado por fin su objetivo. En ese caso A dará la búsqueda por definitivamente concluida, y si bien B puede advertir que alguna indicación de A era un tanto equívoca o incluso incompatible con la palabra que finalmente A da por buena, B no podrá decir que A no ha reconocido adecuadamente la palabra de turno. Es posible que alguna indicación fuera equívoca; pero si B está familiarizado con nuestro uso de la expresión «tener una palabra en la punta de la lengua», no pondrá en duda que es A quien determina si se ha hallado la palabra en cuestión. A modo de ejemplo, A podría manifestar que la palabra que le ha producido el «click» era «penitente»: en tal caso B podría replicar que «doliente» se ajusta mejor a las indicaciones de A, mas sería absurdo que B sugiriera que «doliente» debería producirle a A un *click aún mejor o más claro* que el provocado por el término «penitente». Como acabo de decir, sólo el testimonio de A puede dictar si el proceso de búsqueda ha sido exitoso: pues este requisito, a pesar de su apariencia dogmática e irracional, es un rasgo fundamental de nuestro uso de la expresión «tener algo en la punta de la lengua».

En el caso descrito podríamos estar tentados a creer que el sentimiento de A constituye una especie de molde en el que debe encajar la palabra que dice tener en la punta de la lengua. De hecho, cabría pensar incluso que en dicho molde sólo podría encajar con precisión una única palabra: así se explicaría la convicción de que es una y sólo una la palabra que puede provocar el *click* al ser hallada, por lo que dicho *click* indicaría de forma total y absolutamente incontestable que la búsqueda ha finalizado de forma exitosa. ¿Qué podemos decir de semejante explicación? Evidentemente, en este trabajo no voy a entrar en disquisiciones de carácter neurofisiológico. Lejos de tal





cosa, me limitaré a analizar hasta qué punto esa enigmática sensación de *click* puede ser distinguida de la satisfacción que nos produce cierto hallazgo. A continuación voy a ofrecer un ejemplo con el fin de formarnos una idea más precisa del tipo de satisfacción al que me refiero. Un experimento psicológico podría consistir en pulsar un timbre cuando se creyera que dos líneas que giran en sentido contrario una junto a otra se encuentran paralelas entre sí. En primera instancia podríamos pensar que si bien en este caso sería muy probable *equivocarse* en la apreciación del momento concreto en que las líneas aparecen paralelas entre sí, en el caso de la palabra que debe *encajar* con el sentimiento no hay margen para el error: mientras que en el primer caso se trata de señalar un punto o momento muy concreto y preciso dentro de un continuo, en el segundo parece tratarse simplemente de percibir de forma espontánea e infalible si una palabra es la buscada o no. ¿Pero acaso no sería posible percibir también en el primer caso algo similar a un *click*? ¿Y realmente podemos afirmar que la mera audición o lectura de una serie de palabras nos permitiría reconocer *infaliblemente* cuál es la palabra que teníamos en la punta de la lengua? A pesar de que estamos fuertemente inclinados a creer que en este último caso se puede distinguir con mucha mayor seguridad si el juicio de turno es *correcto*, lo cierto es precisamente lo contrario. Efectivamente, es posible contrastar con un grado de precisión muy notable si hemos sido capaces de identificar el momento exacto en que las dos líneas se colocaban paralelas entre sí: para ello bastaría con comparar dos variables fácilmente contrastables como son el momento en que suena el timbre y el momento en que las dos líneas se encuentran paralelas. En cambio, resulta simple y llanamente imposible contrastar la palabra que se decía —o creía— tener en la punta de la lengua con la que finalmente ha producido el *click*. ¿Pues cuál sería el criterio de corrección de este *click*, o si se quiere, de que ambas palabras son las mismas? En este caso resultará indiferente que A repita constantemente que la palabra que tenía en la punta de la lengua se corresponde exactamente con la que finalmente dio por buena, así como tampoco sería de ninguna ayuda que B modificara su opinión hasta el punto de reconocer que las sugerencias e indicaciones de A apuntaban inequívocamente a la palabra hallada. Dejando a un lado la *opinión* subjetiva de B —que en su calidad de mera opinión podría ser puesta en entredicho si una tercera persona mantuviera la opinión contraria—, el testimonio de A sería a lo sumo un criterio interno o privado que no podría ser contrastado de forma objetiva. Así pues, considero que lo único que podríamos afirmar en este caso es que ni siquiera A se halla en una situación adecuada para distinguir entre un *click correcto* y uno que simplemente le *parece* correcto. Tal y como sugirió Wittgenstein al referirse a la identificación de objetos privados, un criterio de corrección exige estar en condiciones de distinguir objetivamente entre lo que *es* correcto y lo que *parece* correcto, ya que en caso contrario se tomará como correcto sólo lo que le parezca correcto al sujeto en cuestión³. A tenor de lo dicho habría que concluir que A, en su búsqueda de la palabra que decía tener en la punta de la lengua, se habría dado por *satisfecho* al hallar determinada palabra, al igual que

³ Cf. Ludwig WITTGENSTEIN, *Investigaciones filosóficas*, Crítica, Barcelona, 1988, § 258.

B también debería darse por satisfecho con el testimonio de A porque así es como jugamos el juego de lenguaje de «tener una palabra en la punta de la lengua». Refiriéndose a los juicios estéticos que se formulan ante preguntas del tipo «¿Qué me recuerda esto?», Wittgenstein escribió lo siguiente:

Ustedes dicen: «La explicación correcta es la que produce un *click*». Supongan que alguien dice: «El *tempo* de esta canción será correcto cuando pueda escuchar con claridad tal y tal cosa». He señalado un fenómeno que, si se produce, me dejará satisfecho. [...] Constantemente usamos este símil de algo que hace *click* o que encaja en algo, cuando en realidad no hay nada que haga *click* o que encaje⁴.

Así pues, el mero hecho de experimentar el *click* no debe llevarnos a pensar que éste indica la existencia de un mecanismo *oculto* de encaje entre una palabra y un molde, ya que la única fuente de información que tendríamos sobre el funcionamiento de dicho mecanismo sería, en el caso que nos ocupa, el testimonio de A: es decir, un testimonio a través del cual no se podría distinguir cuándo se ha producido un encaje entre la palabra y el molde. De hecho, ni el testimonio de A ni nuestra familiaridad con el fenómeno de «tener una palabra en la punta de la lengua» bastarían por sí mismos para demostrar la existencia de semejante mecanismo de encaje. Hablando en rigor, A sólo podría decir que sus *clicks* hacen que le *parezca* que se ha producido un encaje.

2. ¿HAY CLICKS CORRECTOS E INCORRECTOS?

La conclusión que acabo de exponer no es fácil de aceptar porque choca frontalmente contra diversas intuiciones a las que nos resulta muy difícil hacer frente. Para empezar, cabría pensar que mi conclusión oculta un escepticismo radical respecto a la memoria, pero no es el caso. En el ejemplo que he planteado en el apartado anterior no me he referido a una palabra —la que A decía tener en la punta de la lengua— que hubiera de ser *recordada*, sino *descubierta*. De hecho, lo que argumenté es que A no podía distinguir si había descubierto una supuesta palabra oculta o si simplemente se había dado por satisfecho al reparar en determinada palabra. Y como no hay ningún criterio objetivo que permita asegurar que realmente existe una palabra oculta por descubrir, sólo queda describir la conducta de A, descripción según la cual A halla una palabra que le satisface y expresa su sensación haciendo mención a un «*click*». Sin embargo, es cierto que a veces decimos «tener una palabra en la punta de la lengua» porque si bien no la recordamos, creemos estar muy cerca de hacerlo. Naturalmente, no es mi intención negar que se pueda recordar una palabra que decimos tener en la punta de la lengua, mas este caso es distinto de aquellos en los que encontrar la palabra que se tiene «en la punta de la lengua» no requiere recordarla sino descubrirla o, hablando en

⁴ Ludwig WITTGENSTEIN, *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, Paidós, Barcelona, 1996, pp. 86-87.



rigor, darse simplemente por satisfecho con cierta palabra. Sea como sea, el *click* no constituiría un criterio objetivo de corrección ni en un caso ni en otro. Lo que acabo de decir parece encerrar una contradicción. ¿Acaso no acabo de señalar, tras reconocer la posibilidad de *recordar* la palabra que se dice tener en la punta de la lengua, que el *click* tampoco puede funcionar en este caso como un criterio objetivo de corrección? El siguiente ejemplo ayudará a despejar esta aparente contradicción. Yo podría decir que tengo en la punta de la lengua la palabra que describe con toda exactitud la impresión que me produce la suite número 5 para violonchelo solo de Bach. En este caso podría matizar que esa palabra es la misma que, tal y como tuvimos oportunidad todos de oír esa misma mañana, utilizó Javier para reprochar a María; además, se trataría de la misma palabra que sólo dos días antes habría puesto de moda un político al usarla para criticar incisivamente a una militante de otro partido. Si en un momento dado reparara en que la palabra en cuestión era «altiva» y experimentara el consiguiente *click*, sería sencillo probar que dicho término fue también el utilizado por Javier y por el político, lo cual me permitiría justificar que había recordado la palabra que tenía en la punta de la lengua. No obstante, esta justificación podría mostrar que se trata de un recuerdo correcto, pero no demostraría que el *click* es un criterio objetivo de corrección.

Dejemos a un lado el uso de «tener una palabra en la punta de la lengua» relacionado con la memoria y centrémonos en el uso referente al descubrimiento de una palabra. ¿Qué requisitos serían necesarios para que el *click* pudiera ser considerado como un criterio válido de corrección? En principio podríamos responder que sería necesario estar en condiciones de comprobar objetivamente cuál es la palabra que se tiene en la punta de la lengua desde que comenzamos a buscarla hasta que creemos haberla descubierto⁵; además, debería ser posible revelar algún tipo de mecanismo o conexión entre el *click* y el hallazgo de la palabra buscada, de modo que quedara probado que el *click* sólo se produce cuando tiene lugar el hallazgo en cuestión. Ahora bien, supongamos que en un futuro los científicos afirmaran que ya estaban capacitados para discernir con claridad cuál es la palabra que *realmente* se tiene «en la punta de la lengua». ¿Deberíamos concluir que una abrumadora cantidad de «*clicks* correctos» —es decir, de casos en los que coincidieran la palabra señalada por los científicos y la apuntada por el sujeto de turno— bastaría para demostrar que el *click* es un criterio objetivo de corrección? La respuesta es negativa: para probar tal cosa sería necesario demostrar que no puede haber *clicks* incorrectos. Pero cuando tratamos de precisar en qué consistiría un «*click* incorrecto», nos vemos abocados a una situación paradójica. Efectivamente, un *click* incorrecto tendría lugar cuando la palabra hallada por los científicos y la que provoca un *click* al sujeto fueran distintas. ¿Pero podría ser aceptado un *click* incorrecto como tal? La respuesta a esta pregunta también es negativa. Si digo que la palabra que me produce el *click* es *x* pero matizo que debo estar equivocado porque la palabra que según los científicos *debería* provocármelo es *y*, habré dejado al menos temporalmente de tomar parte en el juego de lenguaje

⁵ He hecho mención a este intervalo temporal para excluir así la posibilidad de que la palabra pudiera variar sin que el sujeto en cuestión tuviera conciencia de ello.



ordinario de «tener una palabra en la punta de la lengua». Dicho de otro modo: si yo me ciño a nuestro uso común del lenguaje y me reafirmo en que la palabra que me produce el *click* es *x* y no *y*, no podré estar equivocado porque el papel que desempeña el *click* dentro del juego de lenguaje de «tener una palabra en la punta de la lengua» no está relacionado con la comprobación objetiva de un juicio, sino que se trata de una expresión espontánea. El criterio de corrección en este juego de lenguaje, tal y como lo jugamos, no es objetivo sino subjetivo. Eso no quiere decir que el juego sea en sí mismo deficiente o incompleto: simplemente es así o lo jugamos así. Por tanto, un *click* no podría aparecer como erróneo o incorrecto porque hablar de un «*click incorrecto*» supondría la *imposición* de un criterio —en este caso, el testimonio de los científicos— que *dictaría* cuál es la palabra que *debería* provocarnos el *click* aun cuando no lo provoquemos. La consecuencia de semejante imposición no sería el esclarecimiento objetivo de la práctica de «tener una palabra en la punta de la lengua», sino la introducción de una práctica paralela originada a partir de la confusión de un criterio subjetivo con uno objetivo. Así pues, cabe concluir que, al no tener sentido hablar de «*clicks incorrectos*», tampoco lo tiene referirse a «*clicks correctos*», por lo que en este caso no resulta posible comprobación objetiva alguna: lo único que podemos decir de este juego de lenguaje es que a un sujeto le *parece* haber hallado en un momento dado la palabra que decía tener en la punta de la lengua y nadie lo discute.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Cuando se analiza un fenómeno o juego de lenguaje como el de «tener una palabra en la punta de la lengua», se puede estar tentado en aferrarse a la idea de que *debe* existir un mecanismo oculto, una solución simple— y en esa medida hermosa— del problema que se hallaba oculta a nuestra vista hasta el momento mismo en que la hemos descubierto. O lo que es lo mismo, puede resultarnos difícil aceptar una conclusión que, lejos de conllevar el descubrimiento de algún mecanismo oculto, se *reduzca* a la más elemental descripción de una conducta o forma de actuar. Por si fuera poco, la primera alternativa contribuye a alimentar una concepción sofisticada del hombre que invitaría a contemplar al ser humano, no sólo como un ser cuyos actos tienen siempre una justificación, sino también —en consonancia con esa tendencia tan característica de nuestro tiempo en generalizar indiscriminadamente la imagen mecanicista del mundo— como un mecanismo cuya extraordinaria complejidad no dejaría de sorprendernos: de ahí que dicha imagen del hombre pueda llegar a resultar extraordinariamente atractiva y, por ende, difícil de abandonar. En cambio, la segunda alternativa no sólo puede dejarnos con la sospecha de que todavía no hemos llegado a abordar en profundidad el problema de turno, sino que además nos brinda una imagen sumamente *primitiva* del hombre⁶. Al fin y al cabo, en el presente artículo

⁶ Para ilustrar esta idea, puede resultar de ayuda traer a colación una célebre observación de Wittgenstein sobre el origen de nuestro lenguaje: «En este punto, quiero observar al ser humano como



hemos tenido la oportunidad de analizar una práctica lingüística muy extendida según la cual un sujeto —y con él, toda una comunidad de hablantes que son partícipes de la práctica lingüística de «tener una palabra en la punta de la lengua»— está firmemente convencido de que percibir una especie de *click* es la señal inequívoca de que por fin ha conseguido dar con un término o palabra que no acababa de encontrar, cuando en realidad no ha hecho otra cosa que darse por satisfecho con determinada expresión. La práctica lingüística de «tener una palabra en la punta de la lengua» es sólo uno de los ejemplos que cabe aducir para ilustrar la imagen del hombre como un ser primitivo que a menudo se guía por múltiples pautas de reacción instintivas y, por qué no decirlo, irracionales. ¿Pues acaso no es irracional la costumbre de reconocer con entusiasmo o satisfacción que hemos *encontrado* una palabra que teníamos en la punta de la lengua cuando en realidad ni siquiera podemos contrastar si realmente era ésa la palabra buscada? Ciertamente, nos seduce la idea de que *debe* existir una explicación de este fenómeno, el cual parece tornarse poco menos que absurdo si lo contemplamos desde un punto de vista meramente descriptivo.

Otro aspecto a destacar es que ninguna investigación de carácter científico permitirá revelar una supuesta *esencia* del fenómeno de «tener una palabra en la punta de la lengua». Ya que esta práctica lingüística gira única y exclusivamente en torno al testimonio del sujeto que dice tener una palabra en la punta de la lengua, no se podrá desarrollar ningún avance científico en relación con el correspondiente *click* independientemente del susodicho testimonio. En otras palabras, el criterio de corrección —aunque aquí no se pueda hablar de una corrección *objetiva* sino meramente *subjetiva*— radicará siempre en el testimonio del individuo en cuestión, por lo que cualquier intento de introducir un criterio distinto no dará lugar a otra cosa que a una práctica paralela, cuando no absurda.

Recibido: junio 2012
Aceptado: febrero 2013



a un animal: como a un ser primitivo al que le atribuimos instinto pero no razonamiento. Como un ser en estado primitivo. No nos hemos de avergonzar de una lógica que es suficiente para un modo primitivo de comunicación. El lenguaje no ha surgido de un razonamiento.» Cf. Ludwig WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, Gedisa, Barcelona, 1997, § 475.